

La ciudad y los arquitectos

Nos llegan, desde hace unos días, diferentes opiniones y comentarios, críticas apresuradas y textos improvisados, acerca de lo que el Colegio de Arquitectos (COA) viene diciendo, viene intentando, en relación con el rescate de la hermosa pieza arquitectónica –tan llena de posibilidades de futuro– de la Isleta.

Las palabras publicadas el 21 de marzo en este diario por Justo Oliva Meyer, arquitecto, experto en patrimonio moderno, defensor entregado y generoso de lo público –con el currículum que lo avala, como él bien dice, a disposición de quien lo quiera cotejar– son tan hermosas, tan afinadas, tan respetuosas a la par que exigentes y destilan tanta honestidad y tan buen hacer entender, que no seré yo quien añada ni una línea más a lo que él ha escrito en torno a los valores no ya de la Isleta, sino del hecho colectivo que supondría, si no su conservación, al menos la reconsideración de su demolición.

Pero fijemos al menos una idea: La demolición de la Isleta (insisto, tan fácilmente recuperable para uso público) será, si se produce, una pérdida enorme que provocará gran dolor en quienes amamos la arquitectura y trabajamos cada día convencidos de lo que ésta, honestamente desarrollada, puede aportar. Pero el que, a pesar de la solicitud del COA, del esfuerzo de



JAVIER GARCÍA-SOLERA

quienes desde su expertización y su bagaje cultural han solicitado un receso, un tiempo de escucha y reflexión, una mínima atención a sus argumentos, no se haya querido escuchar, no se haya querido repensar un minuto una decisión ya tomada, es un hecho de mucha mayor gravedad.

Y lo es porque enseña, muestra de manera evidente, cuál es el peso y el lugar que se concede, aquí y ahora, a las voces autorizadas. Cual es la consideración que se tiene de quienes pueden hacer una apreciación más afinada de materias de difícil comprensión pero que tienen un valor trascendental en la configuración final del escenario en que se desarrollan nuestras vidas.

Es cierto que el Colegio de Arquitectos ha llegado algo tarde (aunque aún a tiempo) al asunto de la Isleta. Pero es cierto también que ahí está. Y ha estado también tras la organización de debates de expertos y ciudadanos para todos los temas que tienen que ver con el desarrollo de la ciudad: plan general, Puerto, Renfe, plan rabasa,

espacios en desuso, palacio de congresos, Plan Especial del Centro... Así lo reconoce quien ha sido en estos días casi el único valedor del COA fuera de sus puertas, José Ramón Giner, en su artículo de «El País» del 20 de marzo.

Quienes estos días hacen chiste o crítica apresurada, no hacen sino debilitar una posición ya de por sí muy débil y que es prácticamente la única y, seguro, la más legitimada para crear las bases rigurosas de un debate amplio que nos permita centrar mejor los elementos de juicio que nos ayuden a tomar decisiones acertadas.

Quienes estos días, apresuradamente, hacen crítica inmediata de las posiciones del colegio de arquitectos desconocen –pero podrían intuirlo con tan sólo hacer memoria– lo que ha costado, lo que está costando, a este colectivo recuperar un espacio de consideración en la calle tras veinte años de travesía del desierto con sucesivas juntas de gobierno que entendieron que la opinión sobre la ciudad, la reclamación de una posición de responsabilidad en lo público y el deseo de compromiso político eran asuntos que debían quedar al margen de los cometidos de un colegio que debería ser tan sólo un órgano para la defensa y gestión de asuntos corporativos.

Quienes hacen estos días enmienda a la totalidad de las posturas adoptadas por el COA para in-

tentar hacerse escuchar en cada ocasión y en cada lugar, deberían saber que aún hoy, superada aquella travesía, hay mucho obstáculo que librar cada día, para que el colegio llegue a hacer oír su voz.

He leído, días atrás, con decepción y tristeza, opiniones de algún periodista para mí de referencia, que olvida todo lo antedicho dando más crédito a voces menos autorizadas sin tan sólo contrastar; haciendo llaves de judo a un colectivo que, en estas tareas y según lo explicado, requiere de todo el apoyo y la confianza posible para intentar ocupar ese sitio, natural en cualquier otra ciudad, que tanto le está costando lograr.

Creo que el artículo publicado por Justo Oliva debe ser, por todos, releído. En él, hay una gran lección de amor. Amor por la ciudad, amor por lo público, por la cultura, amor generoso por el otro. Hay en él también una gran lección práctica que nos ayuda a entender los valores de una pieza concreta de arquitectura y, más allá de ella, de la arquitectura como patrimonio en su totalidad. Una relectura serena de ese texto, a solas y con el ánimo tranquilo, nos ha de ayudar a todos.

Creo que sería de valientes, aceptar toda esa invitación que el texto nos hace, desde ese tono inevitable, que refleja la enorme honestidad de su autor. Sería de valientes que políticos, periodistas,

arquitectos, vecinos, supiéramos centrarnos en lo importante, dejarnos guiar en el aprendizaje de lo necesario antes de la decisión final.

La ciudad, la más magnífica y compleja de las creaciones humanas, es testimonio de la historia completa del hombre. Saber permitir que sus rasgos, evolucionados y modificados necesariamente por el devenir de tiempos y cambios sociales, conserven las huellas de lo mejor que por ellas y en ellas ha sucedido, es una obligación de todos. Saber escuchar y apoyar a quienes luchan en su defensa, ajenos a intereses particulares, exigiéndoles a su vez claridad en sus planteamientos y explicación razonada de sus posturas, también.

La ciudad siempre nos sobrevive, y antes de morir nosotros nos mirará a la cara y nos pedirá a cada uno cuentas de cuanto, o cuan poco, habremos hecho por ella. Llegar a ese momento, como generación, con una mínima satisfacción, debería ser preocupación constante de cada uno de los que habitamos en cada momento un lugar. Él quedará y, sobre él, en forma de herida o de vacío, las cicatrices causadas por aquellas decisiones que no supimos o no quisimos tomar. □

Javier García-Solera Vera es arquitecto.